

## Lucha de gigantes

Un haz de luz tenue iluminó el pequeño cuarto de aseo del número 24 de la calle Heracli. A la vista, aunque todavía en tonos grises, quedó un recinto austero y sensiblemente olvidado. La taza había perdido la tapa que usaba como defensa y la caída constante del agua había desgastado el brillo del lavamanos. Los únicos elementos que permanecían casi inalterables eran las losas geométricas que alicataban todo el cuarto, incluido el suelo, y un espejo ovalado, circundado por detalles florales, que aguardaba un futuro mejor apoyado sobre el depósito de agua del inodoro. Benjamín lo miró todo con cierto recelo y aguantó en el marco de la puerta durante unos segundos. Estaba dudando. No sabía si debía entrar al cuarto en el que tantas veces había enjugado sus lágrimas, donde solía desvanecer la tristeza para mostrarse como realmente era, donde se había refugiado de propios y extraños o, sin hacer ruido, volver de puntillas sobre sus pasos.

Su corazón latió rápido y constante, imitando el ruido de un timbal, mientras subía y bajaba del estómago a la garganta, al igual que un montacargas. Contuvo el aire y lo soltó, controlando su salida por las fosas nasales. Quería tranquilizarse y demostrarse, de alguna forma, que podía dominar la situación. Esta iba a ser la última vez. No se escondería más. Bastante había sufrido por el qué dirán. Los comentarios de terceros le habían desgarrado el alma, lo habían empequeñecido y le habían hecho odiarse tal y como era. Le había costado casi media vida aceptarse, pero estaba más que decidido. Su fragilidad emocional no iba a hacerle más daño.

Subió los hombros, se agarró al marco de la puerta y se impulsó hacia el interior, con un paso largo. Su trayecto había sido de apenas cincuenta centímetros, pero, para Benjamín, se había asemejado a un salto al vacío sin paracaídas. La tensión del momento le había hecho traspasar. Una gota de sudor frío le recorrió el lateral del rostro y encontró muerte en la comisura de los labios. Su sabor agrídulce le hizo reaccionar, como un resorte. Fue en ese instante cuando se dio cuenta que estaba dentro, que había vencido a su primer fantasma.

Dio media vuelta y encaró la puerta y su inmensidad. Acarició, con las yemas de los dedos, las betas de la madera que habían renunciado a aceptar las capas de barniz, de las últimas décadas, como parte de su ser. Eran diferentes al resto, y no se avergonzaban por demostrarlo. Al contrario, brillaban con una fuerza única y sobrenatural,

conformando una galaxia de matices admirables. Benjamín quería ser como ellas. Era consciente de que ser diferente no significaba ser peor ni que mereciese una mirada de recelo o un vago comentario al pasar. Ser diferente era ser uno mismo, al fin y al cabo. Nadie tenía que esconderse por ello.

Empujó la madera con cuidado y acompañó su viaje hasta que la manija se quejó, emitiendo un crujido familiar. Cerró el pestillo con rudeza. No quería que nadie le molestase. Sólo él sería testigo de su renacimiento, de su adiós al pasado, de su hola al presente.

Clavó la mirada en el espejo que acompañaba al inodoro. El cristal había estado en ese pequeño habitáculo durante generaciones, había visto decenas de caras, amigas y desconocidas, y siempre había reflejado el momento de cada una de ellas, sin ánimos mayores. Con Benjamín, en cambio, todo era diferente. Cada vez que le hacía frente, salía vencido. Sentía que la respuesta que recibía le quemaba la piel, calándose hasta los huesos. Desde la adolescencia, era su alter ego, su viejo compañero. También debía vencerlo, si quería llegar hasta el último monstruo y poner fin a su maldición. Por ello, sin pensar demasiado, se acercó con rapidez al inodoro y agarró con ambas manos los límites del espejo. Lo alzó, evitando pasarlo cerca del rostro, y lo observó con resignación, mientras lo guardaba bajo el brazo derecho. Acto seguido, giró noventa grados y enfocó la alcayata que coronaba el lavamanos. Si quería vencer al espejo, tenía que posicionarlo a la altura de los ojos, dejando liberadas las manos, para iniciar el ritual purificante.

Buscó en el contrachapado de la parte trasera del espejo y halló una cuerda algo deshilachada. El paso del tiempo tampoco había olvidado al cordel, por más resguardado que estuviese de la actividad diaria. Quizás su trabajo constante, sosteniendo todo el conjunto del vidrio, le había provocado encontrarse en unas condiciones paupérrimas, pero, sin duda, aguantaría un servicio más. Atrapó la cuerda con unos cuantos dedos y se preocupó en colocarla sobre la alcayata, con cierto esmero, al tiempo que, con la otra mano, sostenía la parte inferior.

Cerró los ojos y retiró las palmas de las manos. A pesar de su valentía, en lo más profundo de su ser, albergaba dudas. Deseaba firmemente que, al soltarlo, alcanzase a oír el chasquido del vidrio resquebrajándose contra el suelo. No le importaba soportar siete años más de mala suerte, quizás tampoco lo notaría. Sin embargo, por ocurrencias

del mismo destino, este hecho no sucedió. El espejo, según parecía, porque todavía no había abierto los ojos, permanecía inalterable asido a la alcayata. Ahora, era Benjamín quien tenía que mostrar sus cartas. No le gustaba apostar, pero ya había pasado demasiado tiempo viendo pasar las manos. Le tocaba arriesgar, aun yendo de farol.

Primero abrió el ojo derecho, con delicadeza, e intentó analizar la figura que reflejaba el espejo. Lo veía todo borroso y, con la poca ayuda de la luz, percibía que el ambiente se volvía más y más oscuro. Tuvo que mover el párpado izquierdo hacia arriba para enfocar mejor, no le quedó más remedio.

Dispuso su vista hacia el espejo y, con los dos ojos muy abiertos, tanto que era visible el verde agua marina de sus iris, vio un hombre joven, cercano a la treintena, vestido con ropa clara, de talla holgada, y una gorra Herschel de color azul y bordado dorado, que contrastaba con el resto de la vestimenta. Giró la cara hacia la izquierda y, luego, copió el movimiento con dirección al lado opuesto, queriendo ver con mayor fineza el delgado perfil de su rostro.

No sabía los años que llevaba sin mirarse a un espejo, aunque tampoco le importaba en exceso. Había logrado esquivar todos aquellos que se había encontrado, pero siempre supo que el momento del recuento acabaría llegado, antes o después. Y ahí estaba, viviendo un duelo intenso, que todavía restaba por escalar hasta el cénit, sin más ayuda que la de su débil fuerza de voluntad.

Apretó los dientes con brusquedad, tanto que podía sentir la tensión de los músculos que posibilitan el movimiento de la mandíbula. Sus ojos, también se enrojecieron, y notó que se le salía unos milímetros de las órbitas, a causa de la presión. Una de sus manos había tomado la forma de un puño compacto, al tiempo que en el otro brazo procuraba por estirar todo lo que podía las falanges, que se asemejaban a alambres hirsutos. Si alguien hubiese tenido ocasión de mirarlo desde una perspectiva exterior, seguro que hubiese pensado que Benjamín iba a explotar, aunque ocurría todo lo contrario. Estaba preparándose para subir el siguiente peldaño.

El movimiento del brazo fue como un relámpago. Casi no tuvo tiempo de verlo, pero, por el ruido sordo que emitió al golpear contra la visera de la gorra, estaba seguro que había dado en el lugar correcto. Había quedado desprotegido, al desprenderse de su seña de identidad. Experimentó una etérea sensación de felicidad parecida a cuando entró al

aseo. Era otra batalla ganada, pero el momento no tuvo la fortuna de prolongarse, sino que, casi al instante, le embargó la tristeza al verse sin trampa ni cartón ante el espejo. Al descubierto, quedó la parte superior de su cabeza y la escasez de cabello que, con tanto esmero, había siempre querido ocultar.

Desde que tenía uso de razón, era consciente de que su pelo era fino, quebradizo y, para mayor desgracia, de poca densidad. Todo empeoró con la llegada de la adolescencia. En esos años, entre acné y deseos carnales, notó cómo su cabeza quedaba, a pasos agigantados, despoblada. Con tanta premura le atrapó la alopecia que, recién cumplidos los 20, su mata de pelo se asemejaba a la de un anciano.

Su primer impulso fue el de probar peinados arriesgados para tapar lo evidente, hasta que, sin saber el porqué, se inclinó por la cortinilla. Se dejó uno de los laterales más largo que el otro y, con esos contados cabellos, trataba de disimular la parte cenital del cráneo. Visto que era insuficiente, pero sin olvidar el peinado de cortina, probó con las gorras. Su padre, en su niñez, le dijo que todos los calvos llevan gorra. En ese momento calló, porque supuso que sería por el frío o porque podrían perder sus ideas. Años después, se dio cuenta de que estaba confundido. Un calvo no se tapa la cabeza por la sensación térmica, sino por la vergüenza de lucir totalmente desprotegido.

Y era esa vergüenza la que a él le había consumido. Tantos días, tantos meses, tantos años de sufrimiento. Todo para nada. ¡Cuánto tiempo le había llevado darse cuenta! Quizás, si el grupo de amigos hubiese sido distinto... No tuvo suerte, no, tampoco la quiso. En el instituto cambió de grupo de amigos, casi con un chasquido de los dedos. Aquellos chicos con los que compartía gustos afines por los juegos de rol y las películas, quedaron apartados. La popularidad lo era todo. Vivir y morir por ser popular era lo más importante entre los pasillos del Instituto Carrelta. Más que enamorarse y más, por supuesto, que las calificaciones académicas.

Su entrada al círculo cerrado de los chicos populares no le costó demasiado. El fútbol fue su pasaporte. El dicho que postula que el deporte acerca posturas nunca fue más certero. Si Benjamín no hubiese destacado como delantero, ninguno se habría fijado en él. ¡Y eso que la mayoría de los llamados populares no solía practicarlo! A cambio, eso sí, tuvo que despedirse de las personas que le habían acompañado toda la vida. Fue un precio alto que no le costó pagar. Sus padres intentaron, vagamente, que entrara en razón, pero Benjamín no los escuchó.

Los populares eran un grupo nutrido de casi hombres, a los que les gustaba jactarse del mal ajeno. Solían gastar bromas pesadas a todos los alumnos del instituto, incluso los profesores fueron diana de sus actos.

-¡Gordo, gordo! ¿También te has traído hoy el bocadillo de panceta? – gritaban en los recreos a Mauro, un adolescente con sobrepeso.

-Lorena, aprende a andar, que pareces un pato. Así, nunca vas a pillar novio. Das asco. – procuraban hacer saber a otra joven de su misma edad.

-En clase huele raro, ¿verdad? Seguro que el profesor sabe a qué se debe... - disparaban con inquina contra un docente de gafas pequeñas y redondeadas.

Sus objetivos eran siempre los considerados como eslabones débiles, los que sabían que no serían capaces de responder, los que se quedarían callados ante las faltas de respeto. Sin embargo, cuando no podían atacar a nadie, bien porque estaban solos o bien porque no se atrevían, miraban el ombligo propio.

Entre ellos, a decir verdad, había escalas de mando. Estaban los intocables y los de segunda fila, por llamarlos de algún modo. En este escalafón, se encontraba Benjamín, al que le tocaba torear los chistes pérfidos hacia su incipiente calvicie. Al principio, usaba el silencio como parapeto, aunque seguía el juego. Con el paso del tiempo, se fue quedando en casa. Acusaba una depresión de caballo, pero no era consciente. Creía que aislándose de todo terminaría sanando.

Ninguno de esos que ensalzaban a altares de barro la palabra amistad se preocupó de su estado. Nadie oía su voz. Nadie le tiró un salvavidas. Lo que provocaron es que se hundiera totalmente en el fondo de un océano de sentimientos. La risa envenenada de la última vez que quedaron juntos, allí, en el parque de la colina, todavía resuena en sus oídos.

Seguro que su situación, su vida, su forma de ser, hubiese sido distinta de no haber optado por aquellos amigos desconocidos. Por lo menos, la rémora de la calvicie no le habría acompañado durante tanto tiempo, hasta infectarle de paranoias la razón. Los nublos, quizás estuviesen presentes, pero la borrasca hubiese pasado con mayor celeridad. Todo eran conjeturas, no más que meras hipótesis sin confirmar. Lo que sí era

una certeza es que volver a revivir el pasado le causaba impotencia. No recaería de nuevo. Si estaba en el baño, era para hacer que su vida saltara por los aires.

Sus párpados cayeron a plomo, con cierto aire señorial, e inclinó la cabeza hacia su espalda, contrapicando la mirada hacia el techo. Buscó con lentitud en uno de los bolsillos traseros de su pantalón vaquero y palpó una cuchilla de afeitar de cinco hojas. Había planificado el momento con el mismo esmero que la evasión de los espejos. Sabía el dónde, el cuándo y el con quién. Pensaba que el miedo lo atenazaría, hasta petrificarlo como una estatua de mármol blanco. Sin embargo, la sangre que fluía por sus venas y arterias discurría con serenidad. Parecía que su alma le estaba mandando una indirecta, desde algún lugar profundo de su ser.

Apoyó el cabezal sobre la yugular, justo al límite del hueso maxilar, y empujó con mimo, hasta sentir que la piel empezaba a chillar de dolor. Una cascada de lágrimas cristalinas brotó de entre sus pestañas y, con un zigzagueo pausado, recorrieron las mejillas yermas. Con un ligero movimiento de muñeca, la cuchilla empezó a deslizarse. Benjamín sintió una dulce calidez que emanaba de su pecho, extendiéndose por capilaridad hasta el último rincón de su cuerpo. Al tocar su cerebro, notó un mareo intenso que lo invitó a perderse para siempre en las tierras de Morfeo. Luchó para alejarse de ese imán, que lo atraía con tesón. Parecía vencido, como el púgil que aguarda tumbado sobre la lona la cuenta de diez, pero la campana lo salvó de la derrota.

La cuchilla golpeó el lavamanos con su parte metálica y tronó como un eco distante en su cabeza. Las ondas sonoras rebotaron en interior de su cráneo con la vivacidad incesante de una pelota de goma infantil, hasta que quiso salir por sus ojos. En ese momento, abrió de par en par los párpados y vio a un chico tembloroso, con la cara empapada por el llanto, y con parte de la cabeza rasurada, desde el lateral del cuello hasta la frente.

Sus labios se elevaron, mostrando una pequeña mueca de satisfacción. No se lo podía creer. ¡Lo había conseguido! Por fin, se había rapado el cabello. Notó que el peso que le acompañaba sobre los hombros se había volatilizado. Una vez fue libre, sí supo lo que era llorar de verdad. Las tardes encerrado en el baño habían sido no más que un adelanto. Lloró y lloró hasta quedarse sin lágrimas y sin fuerzas. Solo paró cuando las costillas empezaron a clavarse en los pulmones, a causa de las agujetas. Era un mal menor, fácilmente manejable.

Agarró, de nuevo, la cuchilla, que esperaba paciente dentro del sumidero del lavamanos, y procuró finalizar su obra. Pasó una y otra vez las cinco hojas de la cuchilla sobre su cráneo para eliminar cualquier rastro de cabello y, hasta que las yemas de los dedos nada más que notaron el tacto de su piel, no cejó en su empeño.

Abrió el grifo, procurando que el agua estuviese templada. Dispuso ambas manos, en forma de cuenco, bajo el chorro y consiguió crear una piscina artificial. Con el agua contenida, se limpió los vellos que permanecían inertes sobre la cabeza como soldados caídos en la más belicosa de las guerras. Necesitó unos cuantos aclarados para liberarse totalmente de los cabellos, algunos daban la sensación de que no querían desligarse de Benjamín.

Con todo hecho, se miró en el espejo, de igual manera que antes de quitarse la gorra. Repitió el movimiento de cabeza hacia izquierda y derecha, pero con una visible diferencia. La mirada inocente y escondida con la que solía juzgarse, se había transformado en un foco radiante de optimismo. Se sentía capaz de correr los 100 metros en menos de 10 segundos, de escalar el Everest sin ayuda de oxígeno... se sentía ganador, completamente invencible, y eso que todavía no había compartido con María su metamorfosis.

A María le debía la vida. Sí, tal y como suena. Ella apareció cuando más perdido estaba, cuando el suicidio le rondaba, esperando el momento adecuado para hincarle el diente, para provocarle que se lo replantara todo. Apareció de la nada y se quedó para siempre, como las buenas historias. María se acercó a Benjamín cuando todos los demás lo rechazaron y le ofreció su regalo más puro: su corazón. Siempre bajo la premisa del quiéreme cuando menos lo merezca, pues será cuando más lo necesite. Desde ese momento, Benjamín daba gracias al destino por coincidir con ella en estos tiempos, en el mismo lugar. María se convirtió, por casualidad, en ese faro que alguien había encendido para no permitirle naufragar.

Necesitaba contarle su hazaña, su conquista, para encontrarse pleno. Dicen que la felicidad individual es gloriosa, pero no hay nada como compartirla con quien quieres para hacer que su efecto se multiplique. Bajo esta premisa, promulgada a pies juntillas por Benjamín, se lanzó en su busca. Estaba exaltado, nervioso, casi como la primera vez que la besó en aquellos fríos escalones. Las manos le temblaban tanto que no pudo quitar el pestillo a la primera. Necesitó tres envites para liberarlo de su atadura. La

puerta no le supuso inconveniente alguno. Cuando estaba terminando de abrirse, Benjamín ya estaba sentado en el sofá, donde María dormía la siesta enfundada en una manta color grisáceo.

Su ímpetu inicial quedó moderado, al observar la placidez de su rostro. Era lo único que sobresalía de la manta que la calentaba y era lo más bonito que había visto nunca. La luz, que se esforzaba por entrar a través de la ventana, le otorgaba un aura angelical y su sonrisa, siempre dibujada por sus finos labios, le imprimía ternura. En un segundo, Benjamín se cargó de recuerdos. Vaciló. No sabía si interrumpirle el sueño sería el acto más adecuado, pero, sin razonar, saltó sin paracaídas.

Le acarició las mejillas rosadas con toda la mano, hasta terminar rozando la barbilla, con la punta de los dedos. La besó con todo el amor que guardaba en el corazón y, muy bajito, pronunció su nombre.

-María.

Ella no se inmutó. Lo volvió a intentar, esta vez con una frase más larga.

-María, hermosa, despierta.

María se retorció entre la manta y empezó a estirar las extremidades. No solía ser perezosa, pero, en las siestas, gustaba que las sábanas se le adhiriesen a la piel. Benjamín permaneció a su lado, durante todo el proceso de arrancado. María abrió y cerró los ojos con rapidez, otorgando brio al parpadeo. Benjamín esbozó una sonrisa. Llevaban más de un lustro juntos, pero todavía no había sido capaz de acostumbrarse a esa dulce manía. Era un momento mágico. María era capaz de expandir los ojos, hasta convertirlos en dos platos gigantes, y, al instante, empequeñecerlos como una estrella perdida en el firmamento. Agitó los labios, emitiendo un lamento infantil, y se acurrucó, pegada al muslo de Benjamín.

-Mmmmmm... ¿Qué pasa, Benja? – preguntó María con cierta lentitud.

-Cariño, mira lo que he hecho – contestó Benjamín con premura.

María respiró muy hondo e intentó incorporarse. Durante la subida, quizás víctima de la somnolencia, se balanceó hacia adelante, perdiendo el equilibrio. Benjamín, prevenido, había dispuesto sus brazos como muro. María chocó suavemente contra los antebrazos



de su novio y se posó, con la sutileza de una pluma mecida por el viento, sobre el respaldo del sofá.

-A ver, enséñame – le requirió María, mientras se frotaba las pestañas con los nudillos.

-Mira, mira – contestó con sorpresa – al fin lo he hecho, ya he...

La respuesta de Benjamín quedó desvanecida, cuando un chillido de admiración emergió de las cuerdas vocales de María.

-No puede ser, no puede ser – soltó María atribulada.

-Sí, puede ser, cariño – le devolvió Benjamín, con una amable sonrisa.

-Pero, ¿cuándo lo has hecho? ¿Por qué no me has dicho nada, eh, por qué?

-Bueno... quería darte una sorpresa. Llevaba unos días con esta idea en la cabeza y, hoy, he decidido despedirme de la sombra que llevaba tanto tiempo acompañándome. Venga, dime, ¿qué te parece?

María permaneció callada. No se esperaba el cambio de estilo de su pareja. ¿Qué había pasado? ¿Se le estaba escapando algo? Quizás habría otra mujer que emocionase sus sentidos,

-Benja, cuéntame, por favor. ¿Por qué te has rapado? Seguro que te has fijado en otra mujer. Sabes que yo, quizás... - se excusó María, entre sollozos, clavando la mirada en lo más profundo del suelo.

-¡No! María, no llores, que no es eso.

Benjamín se puso nervioso. No esperaba esa reacción. Se acercó, todavía más, y le susurró al oído.

-Oye, María. Jamás te haría eso. Escúchame, por favor.

Le pasó el brazo izquierdo por la espalda y le agarró el hombro. Buscaba sentirla cerca, buscaba que ella se sintiese cerca.

-María, me he rapado porque me he dado cuenta de que la vida son solo un par de días. No puedo desperdiciar uno lamentándome de la mala suerte que tengo, por haberme quedado calvo. Me he dado cuenta de que ese complejo me hacía ser peor persona,

sobre todo contigo. Estaba harto de llorar, de hacerte sufrir a ti en silencio. Sabía que tenía que acabar con este estigma, pero no era capaz de dar el paso al frente. Cuánto tiempo he desperdiciado.

María empezó a llorar con mayor intensidad. Empezaba a atisbar la verdadera razón de la acción de su novio.

-Ha tenido que venir la vida misma a darme un puñetazo en el estómago para que viese la realidad. Sé que no me he comportado como debía. Sé que te has sentido sola, cuando más me necesitabas. Estaba perdido en un pozo de complejos y autolaceraciones, pero todo ha acabado. Ahora, sé lo que es importante.

Benjamín la apretó junto a su pecho y posó su mano sobre el cráneo desnudo de su pareja. El beso que le dio, en aquella pequeña cabeza castigada por el cáncer, fue como el de las primeras veces: largo y cargado de sentimientos de redención. Ella percibió la luz que necesitaba para luchar y que tanto había buscado entre la oscuridad de la enfermedad. Los dos sintieron que juntos, al fin, vencerían al gigante que les amenazaba.